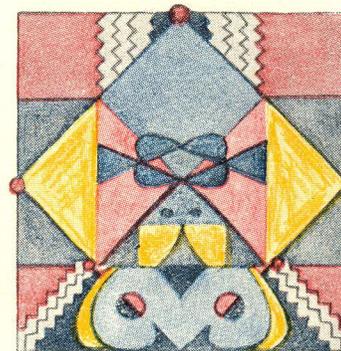


Revista de Occidente

Fundada por
José Ortega y Gasset



W. HOCHKEPPEL: *Conversación con Rudolf Carnap*

ARTE Y ARTISTAS

W. H. CAPITAN: *La intención artística* * DAMIÁN C. BAYÓN: *Figuración y temática*

EMILIO GARCÍA GÓMEZ: *Intrínquilis de Ben Quzmán*
CARLOS MELLIZO: *Isabel y Fernando*

NOTAS.— ANTONIO ESPINA: *La obra poética de José Bergamín* * DOMINGO G. SABELL: *Psicología del financiero* * MANUEL VALLS: *Sobre las nuevas grafías musicales* y «Una cosa rara»

CRÍTICA.— JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ: *Genesis del modernismo*, por I. A. Schulman
LUIS G. SAN MIGUEL: *Sociología*, por Ely Chinoy

Viñeta de MARUJA MALLO

Madrid

Julio 1968



Conversación con Rudolf Carnap

EL que nadie es profeta en su tierra supone una verdad trivial, especialmente en relación con la historia alemana. En nuestros días se la encuentra expresa y permanentemente confirmada en el caso de Rudolf Carnap, el un día filósofo alemán. Sus obras son todavía hoy *terra incognita* para una gran parte de los estudiantes y profesores alemanes de filosofía. En los años veinte, Carnap fue miembro dirigente del Círculo de Viena, fundado por Moritz Schlick, y hoy es considerado en su patria adoptiva, los Estados Unidos de Norteamérica, como uno de los más importantes filósofos vivientes. Sus importantes investigaciones han ejercido gran influencia no solo en la evolución de la filosofía sino que, asimismo, han contribuido decisivamente —como lo muestra la filosofía desde entonces— a aclarar los fundamentos de las ciencias especiales.

Indudablemente, la filosofía de Rudolf Carnap no es una doctrina filosófica en el sentido convencional y habitual. Para decirlo brevemente, su filosofía se ocupa de esclarecer conceptos y frases, así como de la fundamentación de un lenguaje científico unitario; no trata, empero, de construir frases y doctrinas propias sobre el mundo, los hombres y la existencia; ello es, según

puede extraerse de los escritos de Carnap y de sus discípulos, tarea de las ciencias especiales. Siguiendo a Carnap y a los empiristas lógicos, gran parte de la filosofía tradicional ha de rechazarse como una especie de composición conceptual sin valor en cuanto conocimiento de causas. Esto atañe especialmente a las diferentes formas de la metafísica, considerada como un conglomerado de pseudoexpresiones o de frases superfluas.

Se comprende que a muchos filósofos les agrade poco semejante teoría tan ascética y radical, y cuyo sistema, por otra parte, presenta exigencias extremas a la facultad lógico-analítica. Consecuentemente, sobre todo en nuestro país, la condenaron al menosprecio, o elaboraron censuras que en todos los casos revelaban una carencia de conocimientos fundados, que solo se puede calificar de irreflexiva. Precisamente, a causa de un cierto misticismo, ha correspondido sin comparación mayor éxito de ambas doctrinas a la de Ludwig Wittgenstein, de sabor místico, y contradictorias entre sí. La relativa ineficacia de la filosofía de Rudolf Carnap en Alemania estriba, no en último lugar en el hecho de que no se deja acuñar literaria e ideológicamente. No es artículo de marca para el consumo de masas. Por otro lado, en los círculos filosóficos más estrictos, esta situación ha comenzado a modificarse decisivamente desde hace algunos años. No existe, por tanto, motivo alguno para buscar prosélitos para la filosofía de Carnap; sin embargo, no puede molestar el allanar al menos en algunos puntos la oscuridad, llena de prejuicios, que existe sobre su filosofía todavía en plena evolución.

Recientemente se me presentó la oportunidad de poseer información sobre la denominada filosofía lógico-empírica de manera auténtica, es decir, del mismo Rudolf Carnap. He aquí nuestra conversación.

—Profesor Carnap, ¿es esta en verdad la primera vez desde hace treinta años que viene usted a Alemania?

—Sí. *La última vez que estuve en Alemania fue en 1937.*

—Profesor, caso de que haya seguido durante este tiempo la evolución de la filosofía en Alemania, ¿cómo juzga la situación actual, especialmente respecto a las corrientes filosófico-existenciales todavía dominantes?

—*Debo decir que en verdad no he seguido la filosofía en Alemania en sus particularidades. Estaba demasiado alejada de nuestra dirección conceptual, como para que me hubiese parecido fructífero seguirla en sus detalles. Sin embargo, tengo una visión de la situación existente. Quisiera distinguir entre el existencialismo por una parte y las viejas direcciones de la filosofía, más tradicionales, por otra. Sobre el existencialismo diría: En tanto en cuanto se propone la tarea de expresar una ideología adquiere su carta de naturaleza, junto a todas las demás concepciones del mundo y de la vida, digamos religiosas como el cristianismo o el budismo, o como la ideología marxista o humanista. La ideología existencialista me parece a menudo que es muy negativa o nihilista; pero no la rechazaría como una posibilidad de expresión del sentido de la vida de muchos hombres, e incluso es muy interesante estudiarla, ya que es sintomática de la actitud de muchos seres humanos en nuestra época. Por tanto, si se entiende el existencialismo de esta forma, entonces diría que ha adquirido su legítima carta de naturaleza.*

Pero sucede totalmente lo contrario con las direcciones filosóficas tradicionales. Con referencia a ellas, contemplaría bastante críticamente la situación en Alemania. Tengo la impresión de que, como ya se ha dicho, a excepción del existencialismo, la filosofía se encuentra en Alemania con cincuenta años de retraso. Aunque en forma algo variada, se propagan y se debaten minuciosamente más o menos las mismas doctrinas que antes de la primera guerra mundial, cuando siendo estudiante me ocupaba de la filosofía. Ello me parece extraño, si se consideran las grandes transforma-

ciones que se han realizado en el campo de la filosofía en Inglaterra, en los Estados Unidos de Norteamérica y en algunos otros países.

—¿Cree usted más favorable el clima intelectual existente en los Estados Unidos de Norteamérica hacia el libre fomento de la actividad filosófica, quizá porque allí no existen prejuicios y está menos gravado por la tradición filosófica?

—Creo que, en general, es como usted dice. La actitud en los Estados Unidos es, en muchos terrenos, más libre; más libre de prejuicios y de viejos lazos tradicionales. He encontrado por doquier que allí existe una mayor disposición para, al menos, ponerse al corriente de los nuevos puntos de vista, comprenderlos y discutirlos, y eventualmente aceptarlos si de alguna forma parecen útiles para el progreso del pensamiento general.

—Profesor Carnap, ya antes de la guerra usted había sido invitado por una Universidad americana. Y, antes de ello, enseñó en Praga. ¿Cree usted que debido a los funestos acontecimientos en Alemania y Austria durante los años treinta se interrumpieron fatalmente y, por tanto, se perdieron los fructíferos trabajos del antiguo Círculo de Viena, u opina que, a consecuencia del contacto con otras formas análogas de pensamiento —no obstante los menoscabos—, final e inesperadamente esa tarea será fructífera?

—Sí; creo que hay que reconocer que, como usted ha dicho, en Europa se interrumpió fatalmente el desarrollo del pensamiento del Círculo de Viena, pero que, gracias al contacto con otras formas de pensamiento, en países como Inglaterra y América, nuestras ideas se han desarrollado mucho más de lo que hubiese ocurrido —al menos así lo conjeturo— si el Círculo de Viena hubiese permanecido en esa ciudad. En los Estados Unidos de Norteamérica se habían desarrollado determinadas direcciones del pensamiento filosófico que resultaron encontrarse en lo fundamental muy

cerca de nosotros y que allí preparaban el terreno para nuestras ideas. Estaban los neorrealistas y los realistas críticos y, sobre todo, el pragmatismo, que se encontraba muy cerca de nosotros, tanto el de William James como el que elaboró John Dewey. Estas formas de pensamiento formaban una base para el trabajo que realizábamos, sobre todo en el sentido de que podíamos aprender algo del pragmatismo, al que destacó ya Moritz Schlick en Viena, pero del que los demás poseíamos entonces escaso conocimiento.

Por ejemplo, creo que se ha equilibrado la exageración del mero intelectual, tal como entre nosotros se ha mostrado a veces; y se ha resuelto en un equilibrio que nos permite ver al hombre más claramente también desde puntos de vista biológicos y científico-sociales.

Esta cooperación de esfuerzos realizada allí ha conducido a una orientación que en rigor no tiene nombre alguno. Hay muchos filósofos, por ejemplo Ernest Nagel, que dicen no pertenecer a ningún Ismo, a ninguna dirección. Nagel y algunos otros provienen del pragmatismo y del realismo y han absorbido las ideas del empirismo lógico. Así, se ha formado una gran corriente —a veces calificada sencillamente de Filosofía analítica— que verdaderamente representa la característica fundamental de la actual situación filosófica en los Estados Unidos de Norteamérica.

—Profesor Carnap, usted ha sido siempre el crítico más agudo de sí mismo y a veces ha revisado severamente sus teorías. Solo necesito recordar que actualmente el filósofo Nelson Goodman ha defendido contra las apreciaciones actuales de usted su antigua obra *Der logische Aufbau der Welt*. En aquella época defendía usted un llamado «fiscalismo» que, dicho simplísimamente, consistía en que todas las proposiciones de un lenguaje científico, o de cualquier otro que quisiese ser considerado como ciencia, debían ser traducibles en el lenguaje conceptual de la física. Este lenguaje de la física habría de actuar como una especie de len-

guaje unitario. ¿Ha modificado entretanto de alguna forma este concepto del «fiscalismo»?

—Sí; esa temprana concepción se ha modificado en puntos esenciales. Hoy no diríamos ya que todas las proposiciones han de poder traducirse en el lenguaje de la física, es decir, en un lenguaje que parte de cosas observables, de sus propiedades y relaciones, sino que, como ya lo hemos expresado algunas veces en los años cuarenta, las proposiciones o los términos que se encuentran en ellas deben ser reducibles a la base del lenguaje objetivo. Hoy lo expresaríamos en un sentido más amplio y flexible. Actualmente hablamos de conceptos teóricos en el siguiente sentido específico: tomemos, por ejemplo, el concepto del campo electromagnético o un concepto como el de electrón. Estas entidades no son observables en sí mismas. Se puede ahora preguntar qué derecho tiene el físico a introducir tales conceptos, si no pueden presentarnos entidades tales como son las piedras o los libros. Creo que la respuesta debe concebirse de la siguiente forma: no solo estamos autorizados a introducir nuevos conceptos en el lenguaje científico cuando los podemos definir explícitamente, sino también cuando podemos traducir en el lenguaje preexistente todo lo que decimos sobre ellos. Estos conceptos no solo se introducen por medio de definiciones, sino también por medio de postulados propios, que llamamos postulados teóricos. Sin embargo, ahora debe introducirse un segundo tipo de postulados o reglas, que habitualmente denominamos reglas de correspondencia. Estas forman un puente, una cópula entre los conceptos teóricos y aquellos que usamos en el lenguaje objetivo aproximadamente como conceptos base, o sea, como ya he dicho, objetos o propiedades o relaciones observables como «rojo», «azul» o «duro» y «caliente» y similares. Gracias a estas reglas de correspondencia se concede en cierta forma a las expresiones teóricas un sentido, una importancia, que antes no tenían.

Por tanto, la situación se presenta ahora así: no rechazaremos ya sin más como faltos de sentido un concepto,

una palabra que no sean traducibles en el viejo lenguaje. Admitimos un método de introducir conceptos, más flexible, más adaptable a nuevas situaciones en el desarrollo de la ciencia. Junto a la física, otras ramas científicas hacen uso recientemente de tales conceptos teóricos. Si el psicólogo habla de fenómenos no observables directamente, digamos una disposición a reaccionar en determinada forma o un complejo en sentido freudiano, no diríamos ya que tal concepto sea absurdo porque no sea traducible. Diríamos: procura darnos suficientes reglas de correspondencia.

—¿No existe el peligro de que también los conceptos metafísicos tengan una cierta legitimación y de que con ello resurja de nuevo la metafísica? Como consecuencia, ¿podría tenerse como insostenible la condena de la metafísica por el empirismo lógico?

—Diría que depende de que los metafísicos sean verdaderamente capaces de dar para sus conceptos postulados teóricos y —este es el punto decisivo— suficientes reglas de correspondencia. Si están en situación de hacerlo, consideraríamos a su metafísica como una parte de la ciencia, que como tal tiene con toda seguridad pleno sentido. Pero, incluso si se presentan conceptos que deseamos excluir, no lo haríamos ya en la misma forma que antes. No los calificaríamos sencillamente de faltos de sentido. Supongamos que se presenta el concepto de absoluto y no sabemos en puridad cómo debemos comprenderlo. Si partiendo del sistema conjunto apartamos los postulados sobre lo absoluto y con ello no se restringe el número de pronósticos que podemos hacer, diremos que tales postulados son superfluos y con ellos también el término «lo absoluto» que se expresa en ellos.

Nuestro enjuiciamiento no reza ya, por tanto, esto y aquello es absurdo, sino esto y aquello es superfluo dentro de una teoría.

Si el autor de una teoría agrega otros postulados, que quizá enlacen el concepto de lo absoluto con otros conceptos teóricos, y sobre todo agrega nuevas reglas de correspon-

dencia, puede suceder que aumente el número de pronósticos posibles. Y entonces diríamos que el término no es ya superfluo y que ha de ser reconocido como científico; lo que no depende de que los postulados sean muy exactos o inexactos, sino que es una cuestión del grado de evolución en el desarrollo histórico de la ciencia, y no debemos exigir de una ciencia si se halla en una primera fase que sea totalmente exacta.

También se cree frecuentemente que exigimos la cuantificación de la ciencia antes de que se la reconozca como tal. Esto no es cierto. Es solamente la meta. Señalamos como ideal que una ciencia es más efectiva si puede utilizar métodos cuantitativos. Pero en cada rama científica debe investigarse de nuevo hasta qué punto es esto posible y fructífero. Por ejemplo, una teoría como la de Freud la reconocería como una teoría científica en una primera fase.

—Desearía referirme de nuevo posteriormente a la metafísica, pero ahora quiero hacerle una pregunta sobre el problema del lenguaje. Quizá sea problemático el postulado de un lenguaje físico u objetivo como lenguaje universal de una ciencia unitaria, particularmente con relación a los fenómenos psíquicos, pues se ha discutido siempre si los estados anímicos pueden traducirse por completo en un lenguaje semejante. Este fue también el motivo por el que Bertrand Russell censuró al empirismo lógico como una «cierta ceguera frente a algunos problemas de considerable importancia» refiriéndose también claramente al tratamiento de la psicología. ¿Ve usted solucionado hoy este problema?

—Actualmente creemos que aquella crítica de Russell estaba cargada de razón porque entonces nuestras formulaciones eran en efecto muy estrictas. Ahora bien, con la filosofía sucede algo parecido a lo explicado antes para la física. En la psicología se presentan —tanto más cuanto más progresa— conceptos de tal género que son intraducibles en conceptos no psicológicos, sea en el lenguaje objetivo o en

el físico. Por tanto, debe abandonarse el fisicalismo en la primera forma, que sostenía tal traducibilidad. Actualmente conservamos solamente del fisicalismo la idea de que un lenguaje, que parte de objetos observables y que avanza hacia la física científica y finalmente pretende incluir también lo psicológico, es preferible, en ciertos aspectos, a un lenguaje que ha sido adelantado por muchos filósofos y que también utilicé yo en mi primer libro *Der logische Aufbau der Welt*. En él, se utiliza un lenguaje que se ha calificado de lenguaje de vivencia o lenguaje de sentido y también como lenguaje fenomenal. La ventaja del lenguaje objetivo de la física frente a este lenguaje fenomenal reside en que el primero parte de conceptos intersubjetivos, esto es, que pueden ser observados y comprobados en el mismo objeto por distintas personas. Por ejemplo, cuando digo: «esta mesa es negra», usted, yo y otros podemos asegurar al mismo tiempo por medio de observaciones que ello es cierto. Por el contrario, las afirmaciones del lenguaje vivencial o de datos significativos, por ejemplo «estoy hambriento», solo las puedo comprobar yo. No son accesibles directamente para otros seres humanos. Ahora bien, ya que lenguaje y ciencia han de considerarse esencialmente como fenómenos sociales y no primariamente como fenómenos del individuo, creo que un lenguaje que arranca plenamente de la intersubjetividad ha de preferirse a otro que esencialmente solo puede utilizarse en forma de monólogo, esto es, solo por un sujeto para sí mismo.

También ha preguntado usted si actualmente consideramos a este problema como solucionado. No es así en modo alguno. Los problemas en cuya solución trabajamos no se resuelven nunca totalmente. El análisis, la aclaración del sentido de los conceptos, de las frases, de un lenguaje en su conjunto deben proseguirse siempre; esto se refiere en particular a la psicología, de la que hemos hablado como ejemplo principal del problema que nos ocupa. El análisis del lenguaje científico, el análisis lógico del punto de vista

del empirismo se encuentra todavía en sus comienzos, y la mayor parte del trabajo habrá de realizarse en el futuro.

—Si estoy bien informado, anteriormente los problemas del valor fueron excluidos también de un tratamiento filosófico-científico. Algunos filósofos ingleses y americanos se han dedicado de nuevo al estudio de estos problemas y por cierto con los medios de una filosofía científica. ¿Cree usted prometedor un trabajo de este tipo en los problemas del valor?

—No estoy muy seguro de cuáles son los filósofos a los que usted se refiere. ¿Quizá piensa usted en Charles Stevenson?

—Sí; pienso ante todo en Stevenson.

—Yo diría que estamos totalmente de acuerdo con las apreciaciones de Stevenson. No concibe como valores científicos ni los juicios de valor ni las normas, que están muy estrechamente relacionados entre sí; pero considera posible analizarlos desde una base científica o lógica. Existe, por tanto, algo así como una lógica de los juicios de valor. Stevenson establece la diferenciación —que me parece totalmente fructífera— entre belief y attitude, o sea, entre creencia y actitud. Algunas frases expresan una creencia. Cuando digo que la distancia a la Luna es de tantos y tantos kilómetros, ello expresa una creencia que puede ser verdadera o falsa. Muchos filósofos han aceptado que expresiones valorativas como, por ejemplo, «matar es malo» expresan también una creencia y dicen, por tanto: creo en estos juicios de valor. Pienso que en este terreno es desorientadora la utilización del término «creencia», porque podría conducir a la interpretación de que se trata aquí de juicios propiamente, esto es, juicios cognoscitivos que o son verdaderos o falsos. Ahora la mayoría de los filósofos quizá dirían que los juicios de valor son sin duda verdaderos o falsos, aun cuando sea muy difícil ponerse de acuerdo sobre «si» un determinado juicio de valor es verdadero o falso.

Creo que en este terreno es correcto el punto de partida de

Stevenson, utilizado también por Hans Reichenbach en su libro *The rise of scientific philosophy*, ¿cómo se titula en alemán?

—Der Aufstieg der wissenschaftlichen Philosophie¹.

—Es un punto de partida que ha sido compartido también por Reichenbach. En este libro ha defendido el punto de partida de que las expresiones valorativas no pertenecen a la esfera del conocimiento, sino a la de las opiniones prácticas o, como lo expresa Stevenson, de las attitudes. La postura que un ser humano pone de manifiesto ante sus prójimos puede expresarse por tales expresiones valorativas, reglas morales, normas éticas y semejantes.

Por tanto, el que excluyamos o no los valores depende de lo que se entienda con la exclusión. No los catalogamos como totalmente absurdos —a pesar de que anteriormente hayamos utilizado esta expresión— sino en verdad como expresiones que no tienen el tipo de sentido que aparece en el campo general de la ciencia. Creemos que no poseen contenido cognoscitivo alguno y esto era lo que se quería decir cuando anteriormente hablábamos de «absurdo». Creemos, por tanto, que solo expresan una postura.

Si digo «solo» no entiendo con ello una degradación de su importancia. Las expresiones valorativas y los problemas y discusiones sobre las mismas se hallan, con toda seguridad, entre los problemas y materias de discusión más importantes de los hombres en su generalidad, no solo de los filósofos. Sin embargo, creo que no debería concebirselos como una ciencia. Debía decirse: concibo como ideal una situación de la sociedad humana configurada de tal y tal forma.

Mi propio sistema valorativo constituye lo que en América se ha dado en llamar «Humanismo». Por ello se entiende un concepto del mundo en el que, en primer lugar, no aparece entidad sobrenatural alguna, como Dios o el diablo, y en el que, en segundo lugar, se contiene un programa práctico que tiende a una forma de sociedad organizada armónicamente, en la que todo individuo tenga los mismos derechos y en la

que se ofrezcan a todos por igual las posibilidades para el desarrollo de su personalidad y para su participación en los bienes culturales.

Pero la diferenciación que hice anteriormente entre expresión valorativa y científica debe aplicarse ahora a lo dicho aquí, o sea que desde nuestro punto de vista no debe tratarse científicamente la aceptación de expresiones valorativas. No podemos comprobarlas en virtud de una evidencia efectiva.

—Quisiera referirme de nuevo a la metafísica, ya que la renuncia a toda especie de metafísica fue un momento eminentemente importante de su filosofía. Algunos de sus discípulos y seguidores alemanes son ahora más cautos y creen que, sin duda, la metafísica no puede constituirse, pero tampoco refutarse; por tanto que, al fin y al cabo, no puede evitarse terminantemente. Por su parte, ¿se mantiene usted en el punto de vista de sus anteriores concepciones respecto de la metafísica, o, preguntado de otra forma, no sostiene usted ya con el mismo rigor su antigua crítica al terreno de las denominadas «proposiciones aparentes», al que pertenece destacadamente la metafísica?

—Quizá no con el mismo rigor, pero creo que sigue existiendo el fundamento de nuestra antigua crítica a la metafísica. Por ejemplo, en relación con las afirmaciones de Martin Heidegger, diría ahora, al igual que antes, que las rechazamos totalmente como incomprensibles, tanto si, como entonces, las denominamos absurdas, o si, como hoy, las etiquetamos con la prudente denominación de «sin contenido científico», o si, como he dicho antes, las clasificamos en otro contexto como superfluas dentro del sistema global de los postulados de la ciencia; en cualquier caso, no supone diferencia fundamental alguna. Lo mismo diríamos respecto de los actuales neohegelianos.

Pero nuestra postura ha variado en otro sentido. En efecto, algo de lo que rechacé anteriormente como metafísica

lo concebiría hoy como un primer grado de la ciencia, por ejemplo, la filosofía de los presocráticos. Si allí se dice que el mundo se compone de agua o de fuego, o que el mundo entero se compone de átomos invisibles, pero cuyas síntesis y engarce aclaran todas las cualidades que experimentamos, podría interpretarse como una hipótesis general sobre el mundo, como una hipótesis que indudablemente no podría probarse experimentalmente, dadas las posibilidades técnicas existentes entonces, pero que no era por principio improbable, ya que, por ejemplo, puede verificarse ahora y considerarse científicamente válida.

Histórica y psicológicamente, parece necesario para el desarrollo de la ciencia pasar primero por estas fases primitivas antes que el espíritu filosófico alcance una forma científica verdaderamente sistemática.

Puede que nuestra postura frente a la metafísica o frente a las teorías científicas problemáticas sea hoy mucho más liberal y tolerante que antaño. Creo muy importante que nos interese por esta postura tolerante con el fin de comprender las primitivas fases de la ciencia y de no interrumpirlas con una crítica prematura.

—Una última pregunta, profesor Carnap, que está en relación con el nombre, pero también incluso con el mismo hecho de la filosofía. Por motivos justificados, usted evita notoriamente la denominación de «neopositivismo» y prefiere hablar del «empirismo lógico» o sencillamente de la «investigación de los principios fundamentales». Naturalmente, podría dar un paso más y renunciar totalmente a la palabra «filosofía», como se propuso una vez en el Círculo de Viena, ya que, según su opinión, del fondo de la filosofía tradicional solo resta la investigación, aclaración y control de los fundamentos de las ciencias, así como la construcción, justificada en ellos, de un lenguaje científico unitario. ¿Qué sucedería si las ciencias creasen una esfera de acción metateórica propia —lo que quizá esté ocu-

rriendo ya en parte— en la que esta aclaración y control se verificase por los mismos científicos? No sería ello, por consiguiente, el comienzo del final de la filosofía o al menos un síntoma de que la filosofía no tendría ya futuro alguno, en cualquier sentido de la palabra?

—No es fácil decir qué traerá consigo la evolución futura. Dudo que la palabra filosofía desaparezca pronto en uno u otro sentido; generalmente queda siempre un retazo después que las ciencias han asumido una u otra parte de la filosofía. Dentro de la época vivida por algunos de nosotros, la psicología, por ejemplo, se ha transformado de constituir una parte de la filosofía a constituir una parte de la ciencia, y creo que sucederá algo parecido con la lógica. Que se denomine a la lógica como parte de la ciencia o de la matemática es solo un problema de terminología; por su contenido se encuentra, en verdad, más próxima a la matemática. Queda ahora el problema de lo que sucederá con las investigaciones de los principios fundamentales. Con esto me refiero a la investigación de los fundamentos de las ciencias empíricas, después que la lógica —y la matemática— se han dejado aparte como conocimiento apriorístico.

Si he entendido bien, usted establece la presunción de que quizá las ciencias particulares investiguen sus fundamentos por sí mismas, o sea, que los físicos se ocuparán de los fundamentos y problemas de la física, los biólogos de los de la biología, los psicólogos de la psicología, etc. Puede concebirse ese proyecto, pero es muy difícil creer que suceda realmente. A causa de la división del trabajo, quizá llegue a ser necesario que, pongamos por ejemplo la psicología, ciertas personas —es indiferente que se denominen psicólogos o filósofos— se ocupen de los problemas fundamentales y que por ello se diferencien de los psicólogos que estudian los problemas empíricos de su ciencia. Puede ser que el elenco se divida o no. En la física no está totalmente claro, si bien se observa, que casi todos los físicos se caracterizan por ser o experimentales

o teóricos. Pero incluso si suponemos que los especialistas se hacen cargo en alguna forma —con división del trabajo o sin ella— de los problemas fundamentales de la ciencia, queda siempre algo que se calificaría como filosofía; esto es, los problemas fundamentales de la ciencia que se refieren a conceptos muy generales como causalidad, espacio y tiempo, utilizados en muchos campos particulares de la ciencia. Por tanto, permanecería un campo de principios fundamentales al conjunto de la ciencia. Como usted sabe, hemos fijado como ideal la transformación de la ciencia en un todo unitario, y creemos que se logrará. Esto significa que se suprimirá la disociación existente entre las ciencias de la naturaleza y las del espíritu y que, en último término, solo existe un método científico el cual adopta diferentes formas en cada campo, pero que en lo esencial es el mismo.

En esta ciencia unitaria existen también problemas fundamentales que no pueden tratarse dentro de cualquiera de los campos particulares. Y quizá podría decirse que estos problemas fundamentales generales continuarán a cargo de la filosofía.

Willy Hochkeppel
München (Alemania)

NOTA

¹ Traducción castellana de la versión inglesa: *La filosofía científica*, México, 1953.